

"Historia de Igreja no Brasil" - CEHILA

Arlindo Rubert

Me siento en verdad embarazado al ser invitado a dar una apreciación sobre la *Historia da Igreja no Brasil*, tomo 2, Editora Vozes Ltda., 1977, uno de los dos tomos de la serie en vías de publicación por la Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia en Latino-América, CEHILA, creada en enero de 1973. Incluso, cuando se trató de concretizar la obra, que hace parte de una publicación más amplia sobre la Iglesia en América Latina, fui invitado a coordinar el trabajo en lo referente al Brasil. Habiendo llegado, sin embargo, al conocimiento de las líneas generales del plan, con las cuales no podría concordar, decliné el encargo.

Pero, ¿de dónde me viene la perplejidad? Por una parte quería saludar con alegría la aparición de una obra que es necesaria para conocer nuestro pasado religioso; por otra parte, después de leer atentamente la publicación, debo confesar que tuve la impresión de que no se trataba de una verdadera Historia de la Iglesia en Brasil por faltarle rasgos esenciales o por interpretarlos en clave dialéctica no raras veces desconcertante. Aunque estemos en una época en que se apela incluso al "pluralismo histórico" para defender las ideas más desconcertantes, opino que tal pluralismo solamente es válido cuando respeta los principales fundamentos de una ciencia, en nuestro caso de la ciencia histórica.

Voy a tratar de cumplir, no obstante, y de una forma sumaria el pedido que se me ha hecho, indicando algunos puntos más dignos de apreciación en la obra.

1. *Presentación.* Comenzando por la presentación gráfica, que es lo menos importante, la obra ya no despierta mucho entusiasmo, incluso para los que no se dejan llevar por las apariencias... No existe un desarrollo lógico de los temas. La bibliografía es presentada como Fuentes. ¿Fuentes de trabajo o fuentes históricas? Las notas se ponen al fin del capítulo y no al pie de página.

2. *Valor de la obra.* No me parece fácil dar un parecer más completo sobre la obra como tal. Es sin duda digno de alabanza el esfuerzo para hacer conocer la Historia de la Iglesia en Brasil, que por más de cuatro siglos luchó en la evangelización del pueblo y en la formación de la propia nacionalidad. Hay en la obra algunos aspectos positivos y hasta bien situados. Pero como la preocupación de los autores está en una "visión antropológica y no institucional" y hacen la historia "a partir del pueblo" (¡por más que en este pueblo no falten los excluidos!), no parece conciliarse con las notas características de una verdadera Historia de la Iglesia en Brasil.

3. *Graves lagunas.* En la obra faltan instrumentos de trabajo indispensables. En primer lugar, la investigación seria o búsqueda en los archivos del mayor número de documentos posibles para la reconstrucción del hecho histórico para, después, poder interpretarlo debidamente. En este punto fundamental esta Historia de la Iglesia en Brasil peca por omisión grave, que lleva a falsas conclusiones. Para la defensa no basta apelar a la sociología, a la psicología, a la filosofía de la historia, a la teología de la historia y a otras ciencias afines. Si falta el substrato, si la premisa es defectuosa, ¿cómo las conclusiones podrán ser adecuadas, lógicas, científicas? Si los hechos a interpretar son mal conocidos o

hasta ingorados, ¿con qué legitimidad se podrán sacar de ellos conclusiones válidas? No es de extrañar, por ello, que frecuentemente los autores lleguen a ciertas conclusiones apresuradas o totalmente inaceptables, afirmando, por ejemplo, que la influencia de la jerarquía fue inexpresiva; que el clero colonial era de baja categoría; que las misiones del Maranhao fueron las más admirables; que los ermitaños fueron los mejores misioneros; que todo obedecía infaliblemente al cuadro del sistema, etc. Y ¿qué decir de las generalidades de que está llena la obra? Hay mucha injusticia cuando se pretende englobar clases de personas o instituciones, apoyándose en escasos documentos, tomados casi siempre fuera de contexto.

4. *Tipo de obra.* No se puede dudar de que se trata de una "Historia de la Iglesia" dialéctica, preconcebida, con orientación clara, que obedece a determinados esquemas, lo cual le quita los derechos de obra seria y científica. Por lo que ya se conocía de las publicaciones de algunos de sus inspiradores, como E. Dussel y E. Hoornaert, se temía con razón una publicación que, después de leída, dejaría en numerosos lectores sinceros una sensación de vacío, de insatisfacción, de desencanto. Y la razón no será porque numerosos lectores no saben hacer una "re-lectura", interpretar los hechos y los "signos de los tiempos" o no consiguen superar ciertas categorías o, más todavía, por tener una visión triunfalista de la Iglesia, por lo que se defenderá una tesis, ya desde el comienzo viciada y predestinada a la distorsión.

5. *Mayor respeto.* No nos toca juzgar la buena intención de los autores y su deseo de servicio, pero tenemos derecho a estar en desacuerdo por la forma como se orientó la presente investigación y a protestar contra un lenguaje a veces violento e irrespetuoso con referencia a los valores del pasado, ofendiendo personas e instituciones que, a pesar de las inevitables fallas humanas, son acreedoras de mayor aprecio y reconocimiento. El equilibrio y la serenidad deben ser el atributo del historiador. No es lícito suscitar una especie de "lucha de clases". Con el pretexto de condenar abusos, se apuntan los pecados y se omiten las virtudes, se hace una separación de la religión "oficial" de la religión del "pueblo", se critica la "institución" para exaltar actitudes y formas "religiosas" que se tienen por más "evangélicas"... Sería largo enumerar las tensiones que se pretenden hacer emerger a través de la obra.

6. *Hechos históricos.* Es útil señalar que no será pequeña la decepción de cualquier lector que pretenda buscar, en esta obra, algunos datos concretos de personas e instituciones de nuestro pasado religioso, a fin de tener datos a mano para cualquier trabajo escrito u oral que reclame datos históricos seguros. ¡Quedará tan ignorante como antes! Es muy cómodo disculparse diciendo que es una historia "a partir del pueblo". Pero, ¿cuándo está ese pueblo en condiciones de indicarnos, con seguridad, los hechos y personas de cien, doscientos, trescientos, cuatrocientos o más años atrás? Se pretende combatir la "tradicción" y el "conservatismo" para, inmediatamente, apelar a aquello que se condena!... No fue sin amargura como vimos que uno de nuestros conocidos historiadores se ofrecía para escribir el Prólogo de esta singular "Historia de la Iglesia en Brasil".

7. *Contradicciones.* Si es digno de encomio el idealismo de personas empeñadas en la promoción de las clases populares más necesitadas, el ansia de hacer llegar el anuncio evangélico a los pobres, el "profetismo" para denunciar ciertas estructuras opresoras, no se justifican, sin embargo, las posiciones radicales y cierto fanatismo, las interpretaciones subjetivas y arbitrarias, el lenguaje

intemperante y las acusaciones desproporcionadas de parte de los autores, pues obrando de esta forma no se distinguen de ciertas actitudes del pasado, que pretenden reprobarnos, quedándose condicionados como en otras eras por ideologías y, con ello, susceptibles igualmente para dejarse después instrumentalizar, aunque sea con matices distintos.

8. *Incorrecciones históricas.* Entre muchas, anotemos las siguientes: en la página 108 y en otras partes, hay una evidente confusión con las designaciones de "ermita" y "ermitaño". Etimológicamente "ermita" sería una casa solitaria, y "eremita" el que vive en un lugar yermo, solitario. En el lenguaje de aquel tiempo, sin embargo, "ermita" era simplemente la "Capilla", principalmente cuando estaba fuera de la población; y "ermitaño" se llamaba al que la cuidaba o también al que estaba autorizado a pedir limosnas para ciertos fines: construcción de iglesias, seminarios u otras obras pías. Una especie de constructor, y nada más. También hubo algunos eremitorios con ermitaños, pero tan pocos y de tan reducida influencia como para autorizar a los autores de la obra a concluir que fueron los grandes misioneros del Brasil (!); en la página 195 se dice que el P. Bartolomeu de Gusmao fundó el Seminario de Cachoeira (Brasil); ciertamente no, sino que fue el P. Alexandre de Gusmao, S. J.; en la página 279 se afirma que el futuro obispo D. Marcos Teixeira fue inquisidor (!) de Bahía en 1618-1619; es inexacto, pues el visitador del S. Oficio, aunque homónimo, fue otra persona; en la página 281 se dice que D. José Botelho de Matos llegó a Bahía siendo ya septuagenario; inexacto, pues a penas tenía 61 años.

9. *Conclusión.* Sin negar la validez de algunos aspectos presentados, los esfuerzos de sus autores para interpretar algunos episodios, la buena voluntad de los que colaboraron en la publicación, sin embargo, la obra deja mucho que desear en su contenido y por la radicalización que tomó, sometiendo a los actores de nuestra historia religiosa prácticamente a un denominador común, con la sibilina dialéctica de que si la moldura del cuadro está mal, todo el cuadro también está mal! Todo quedó contaminado por el sistema y es digno, por consiguiente, de nuestra condenación; como si en un país de sistema fascista o marxista el pueblo mereciera ser indistintamente vituperado por el solo hecho de vivir bajo tal régimen. No obstante los errores y los condicionamientos de la colonización portuguesa del Brasil, la libertad tuvo mucho mayor espacio que en los regímenes de espíritu totalitario o de fanatismo religioso donde, con la violencia, millones de hombres se vieron privados de sus derechos inalienables.

Una historia de la Iglesia no debe ser una historia "política" ni un tribunal para juzgar verdaderos o pretendidos reos en el banquillo y hacer triunfar las propias ideas. Por el contrario, debería ser la tribuna donde se reconocen los méritos inalienables de muchos cristianos del pasado y donde se puede lícitamente lamentar los errores tal vez cometidos, tratando de no repetirlos, pero situando cada episodio dentro de su época, descontando las dificultades del ambiente y las condiciones de la tierra, a fin de poder entrever también un poco de luz y muchas pistas válidas para los cristianos de hoy.

En caso contrario, falsificando la historia de la Iglesia, nos volvemos autodestructores de la misma Iglesia!